



Ironía, humor y grotesco.
"Los relámpagos desmitificadores"
y otros ensayos críticos.
 Ana Rosa Domenella
 México, El Colegio de México /
 Universidad Autónoma Metropolitana
 Iztapalapa, 2011.

Ana Rosa Domenella es una de las especialistas de la obra ibargüengoitiana con que contamos hoy en día, no sólo en México, sino también en el ámbito de habla española. En el conjunto de ensayos que nos entrega reúne siete estudios y un "Homenaje múltiple" de la línea de investigación literaria que ha venido desarrollando desde la década de 1970. Con mayor o menor aplicación, en tales estudios encontramos el análisis semiótico de Algirdas Julien Greimas como herramienta metodológica que le permite a Domenella adentrarse, y adentrarnos a sus lectores junto con ella gracias a la sencillez de su exposición, en la matriz de obras escogidas de Jorge Ibarguengoitia. Así, determina cómo las formas sintácticas (en sus niveles semántico y pragmático) y las situaciones ficcionales creadas por el escritor no sólo conforman la estructura actancial de cada obra, sino que además la dinamizan singularmente a través de la ironía y sus vertientes en el humor y el grotesco. Un humor negro, por cierto, y una risa negra, como no podía ser de otra índole: "Aparece la risa ante situaciones tétricas, ante violencias, ante obscenidades. Y narramos, no un escándalo, sino un magnífico trabajo [de ficción]. Un humor negro, escatológico,

al límite de lo políticamente correcto, pero preñado de una gran inteligencia para que se bordee al abismo sin caer en lo facilón”. Estas afirmaciones de Carlos Gil, crítico de teatro, en su breve texto titulado *Risa visceral* confirman lo que Domenella muestra y demuestra en cuanto efecto perceptible de los recursos ibargüengoitianos. Apología, adjetivación, hipérbole, eufemismo, grandilocuencia, mayusculismo, juego fónico, elusión, pausa, silencio, comentario incidental, variación de registros lingüísticos (del culto al soez, pasando por el coloquial) son todas señales lingüísticas de las cuales Iburgüengoitia se vale para arrancarle al lector la sonrisa socarrona, la carcajada rotunda, para involucrarlo y ganárselo en un retozo de complicidades. Ironía, pues, que provoca risa desde la visceralidad hasta la inteligencia, de reversa y todo junto.

De ahí que Domenella cuida de deslindar los diversos matices que adquiere dicha categoría estética, la ironía, desde su función verbal en el contexto específico de cada historia narrada —o representada, como en el caso de *El atentado*—. Si bien reconoce que subyace en la ironía “una peculiar actitud intelectual [y aun existencial] de un determinado tipo de hombre” (89), deja claro que su interés en estos estudios se centra en las funciones literarias de la ironía en su calidad de recurso del lenguaje, el cual adquiere rasgos únicos en la obra de Iburgüengoitia —como ocurre en todo otro escritor de excelencia, sea de narrativa, sea de poesía; dentro de esta última, la poesía, no puedo dejar de apuntar la peculiar ironía, también desmitificadora y desacralizadora, a la *maniera* de un Gerardo Deniz, de un Eduardo Lizalde, de un David Huerta, por ejemplo—. El análisis actancial le sirve a Domenella, entonces, para “comprender el modo en que [la ironía verbal] transforma el tejido intertextual y crea el nuevo mundo de ficción mediante un trabajo específico con el lenguaje” (89). Insiste en siempre tener presente la intencionalidad y la actitud asumida por el escritor frente a su propia obra, frente al lenguaje, frente a sí mismo,

frente a su lector y, en fin, frente al mundo: «hipercrítica, distante y escéptica» (89); alguien que ofrece en sus historias “una versión diferente, atípica y regocijante [de la vida porque] su mirada es resuelta, desmitificadora y vigente” (p 105).

Ironía, humor y grotesco. “*Los relámpagos desmitificadores*” y otros ensayos críticos ha sido dividido en cuatro capítulos. En el primero, extenso, analiza los recursos del lenguaje en *Los relámpagos de agosto*, novela con la que Ibargüengoitia se estrena como narrador. En ese capítulo, Domenella destaca la función del ironista a través de procedimientos preeminentemente citacionales: la ironía verbal es empleada para hacer citas de otros discursos (intertextualidad) con la intención de descalificarlos, de ponerlos en entredicho; de evidenciar su vacuidad, reverencialismo y falsedad. Los discursos citados son los típicos de los individuos que giraron en torno a la Revolución Mexicana, durante el levantamiento armado propiamente dicho y durante el periodo inmediatamente posterior al (relativo) cese de las hostilidades. Domenella describe y explica cómo entre todos los discursos generados en una época de la historia de México hubo uno que constituye el puntal de *Los relámpagos de agosto*: el demagógico —y ridículamente tremendista— memorial de los militares segundones que intentaron mantenerse activos y de arrogarse al menos un poco de poder político. Discursos que, por su naturaleza y profusión en un país en crisis permanente dieron lugar y reforzaron la cultura nacional oficial. Se trata de los militares escudados entre el obregonismo y el callismo pero cuyas expectativas se vinieron abajo, irremisiblemente, con el asesinato de su líder mayor, el general Álvaro Obregón, en 1928 —año de nacimiento de Ibargüengoitia, coincidencia que tuvo impacto determinante en su obra—. Domenella analiza los vericuetos de la relación directa entre uno de esos militares, el general Juan Gualberto Amaya, y el protagonista de *Los relámpagos de agosto*, así como entre la novela misma y las memorias de Amaya, *Los*

gobiernos de Obregón, Calles y regímenes peleles derivados del callismo. Si bien para fraguar los objetivos de la ironía Iburgüengoitia hace recurso a la farsa, la parodia y el chiste, a la puesta en ridículo de personalidades, expresiones y situaciones —hiperbólicas, esperpénticas, ampulosas, todo malicia y ultranza—, sus recursos en conjunto configuran un espacio de humor en el que más temprano que tarde la risa estalla en el lector.

En el segundo capítulo, la autora se dedica a analizar tres cuentos del segundo libro de narrativa publicado por Iburgüengoitia, *La ley de Herodes*. Ahí, y según lo demuestra el estudio actancial de Domenella, la ironía se vuelca hacia el propio Iburgüengoitia y su entorno extraliterario por cuanto se convierte a sí mismo en sujeto de la enunciación: a decir de la investigadora, un sujeto desdoblado según un juego de puntos de vista. En vez de la intertextualidad de *Los relámpagos de agosto*, es la extratextualidad en los tres cuentos seleccionados la que ahora refiere a la biografía de Iburgüengoitia, por lo cual la estructura es la del soliloquio autoirónico. La ironía verbal toma consistencia en un caldo de cultivo que hierve en tópicos como el amor, el erotismo y sus desviaciones (y sus excesos), la amistad, la lealtad, las aspiraciones intelectuales, los intereses político-burocráticos, la fidelidad, el adulterio, el hastío.

En los capítulos tercero y cuarto, la investigadora ofrece su lado más reflexivo a propósito de aquellas obras de Iburgüengoitia que desde la narrativa, el teatro y el periodismo crítico señalan esas vías difusas pero reales por las cuales se puede vivir en México sin morir (pronto) en el intento. Concentrada en *Instrucciones para vivir en México* y con oportunos enlaces a *Los pasos de López* y otras obras del escritor y de otros escritores, Domenella hace un recorrido en la vida de Iburgüengoitia, recorrido no poco impregnado de nostalgia —sin perder la objetividad que se espera de los estudios literarios—, y la empata con su propia experiencia vital de argentina avecindada en la posible/imposible región más transparente del orbe. Sigue mostrando la ironía como puntal de la obra

ibargüengoitiana, trasladada hacia los espacios históricos, políticos y sociales que caracterizan la vida al más puro estilo mexicano, con sus sublimidades y sus bajezas, grandezas y miserias incluidas. Espacios en los que lo grotesco se hace presente desde la puesta en palabra de los inimaginables resquicios de la condición humana y que en obras como *Maten al león* y *Las muertas* —obras en las que también se concentra el estudio a propósito de lo grotesco— son evidencia, lo constata Domenella, de que aun en medio de la tragedia lo absurdo da lugar a situaciones que terminan siendo risibles para el lector atento y sensible cuando ya el dolor lo rebasa.

La última parte del cuarto capítulo, “Homenaje múltiple”, es una manifestación afectiva e inteligente de la admiración, el respeto y el cariño de la autora por Ibargüengoitia y por los compañeros de viaje del nacido guanajuatense en la fatal unidad de Avianca que atravesaba el Atlántico desde París-Madrid hasta Bogotá en 1983: Ángel Rama y su esposa Marta Traba, así como Manuel Scorza, los tres también escritores y críticos. Invito al lector a que descubra por sí mismo la evocación que Domenella hace de quien fuera también su amigo entrañable: el Jorge Ibargüengoitia que hizo de su visión de mundo un principio de vida y un principio literario; el Jorge Ibargüengoitia que con sagacidad inusitada nos agujonea para darnos cuenta de que en sus ficciones todo parecido con la realidad no es una casualidad, sino una vergüenza. LUZ DE LOURDES GARCÍA ORTIZ